

IDENTIDAD, CLASE Y MIGRACIONES

UNA APROXIMACIÓN A PARTIR DEL CONTEXTO MIGRATORIO COLOMBIANO

*Leonardo Bejarano Rodríguez **

A menudo encontramos que lo que aparece como diferencias son percibidas como desigualdades. Lo diferente es desigual. El “otro” no sólo es diferente, también es desigual. Esta percepción se ha construido durante siglos y ha permitido justificar y explicar, como si fueran “naturales”, unas relaciones sociales de dominación, explotación y conflicto. Los procesos de clasificación social se han basado en categorías como las de *identidad* y *clase* y no han sido ajenos a la imposición y “naturalización” de unas relaciones sociales desiguales, todo lo contrario, las han promovido, defendido y justificado. Las migraciones, que entendemos como formas de movilidad, ponen en evidencia estas construcciones socio-históricas y las cuestionan en la medida en que toda acción de desplazamiento genera encuentros, des-encuentros y re-encuentros que (re)elaboran constantemente tanto las percepciones de la mismidad y de la alteridad como las relaciones sociales. Dichos cuestionamientos pasan también por las formas epistemológicas que las sustentan, epistemología que ha sido construida en espacios y tiempos particulares y que responden a visiones del mundo que no dejan de ser parciales e interesadas.

El texto que ofrecemos a continuación es una exploración abierta que busca generar reflexión y debate en torno a las categorías de *identidad* y *clase* como procesos de clasificación social heterogéneos y discontinuos. En una primera parte realizaremos algunas aclaraciones conceptuales alrededor de las implicaciones del denominado *nacionalismo metodológico* en la comprensión de las migraciones y como éstas deberían entenderse ante todo como una forma de movilidad. Posteriormente, veremos cómo las nociones de identidad y clase, a través de las migraciones, adquieren relevancia y complejidad. Por último, utilizaremos algunas pistas que hemos observado en nuestro trabajo de campo en Toulouse (Francia) y Barcelona (España) con personas de origen colombiano pertenecientes a una minoría privilegiada en su sociedad de origen para mostrar, a manera de ejemplo, las relaciones existentes entre las nociones de *identidad* y *clase* cuando los contextos que explican, permiten y legitiman las desigualdades sociales cambian a través de la experiencia migratoria.

DES NATURALIZAR EL NACIONALISMO METODOLÓGICO

El nacionalismo metodológico encuentra su base axiológica en la aceptación *per se* de la nación, el Estado y la sociedad nacional como las formas sociales y políticas “naturales” del mundo moderno (Beck, 2005, p. 39, Stolcke, 1994, pp. 235-266). Estas premisas se ven seriamente cuestionadas precisamente en el ámbito de las migraciones, tanto en sus dimensiones micro como macro sociales. El sujeto migrante contemporáneo, en tanto sujeto que se desplaza espacial, temporal y existencialmente, *desnaturaliza* y *reconfigura* el paisaje de lo “nacional”; evidencia la separación práctica, táctica y utilitarista entre Estado y Nación al estar clasificado por las instituciones estatales-nacionales, con el apoyo de las ciencias sociales nacionalizadas, mediante distinciones étnico-nacionales heredadas del colonialismo, que generan privilegios y/o desigualdades que superan los marcos geográficos de las fronteras. Y por último, pone entredicho la sociedad nacional, que separa cultural y políticamente lo que históricamente ha estado imbricado, porque como recuerda William McNeill, la polietnicidad es la norma en la historia universal, mientras que la homogeneidad nacional y étnica es la excepción (cit. por Beck, 2005, p.47).

MIGRATIO-MIGRARE (CAMBIAR DE ESTANCIA, PARTIR)

La migración, nos recuerda Enrique Santamaría (2002), es descrita fundamentalmente en términos de “factores de expulsión” y en menor medida de “atracción”. Mientras que los países de llegada son caracterizados como “atractores”, atractivos y deseados, construyéndose así una imagen auto-complaciente de sí mismos, los países de origen lo son como “expulsores” y se hace de ellos un retrato miserabilista y negativo, y por ende de atraso y subdesarrollo de los migrantes. Esta concepción dualista, propia del paradigma “modernizador”, tiene un trasfondo evolucionista y eurocéntrico. Por una parte, concibe una idea de “progreso” o “desarrollo” unidireccional al cual todos debemos llegar algún día. Y por otra, el modelo de referencia son las sociedades de capitalismo avanzado, precisamente aquellas desde donde se formulan estas interpretaciones (Colectivo IOE, 2002, pp.17-54).

De esta manera, los estudios sobre migraciones han privilegiado una polarización geo-simbólica del desplazamiento que va en dirección Sur-Norte. Y dicho desplazamiento ha sido caracterizado como esencialmente socio-económico, homogenizando de esta manera los procesos y los sujetos migratorios y, de paso, ocultando de forma sistemática la diversidad, las diferencias y las desigualdades propias de las sociedades y sus interrelaciones históricas con la sociedad global. La fuerza que tienen estos modelos explicativos han filtrado todos los ámbitos discursivos, encontrando así su estrategia de (re)producción y (auto)justificación. Desde la política, las universidades, los medios de (in)formación, las entidades de control migratorio, las instituciones de asistencia social y ONG, pasando por la publicidad, los diccionarios y hasta

los discursos de los mismos migrantes. Esta (re)producción y manipulación de los discursos sociales ha difundido y reforzado estereotipos, valores y normas asociados a una continua *naturalización de las relaciones sociales*¹.

Proponemos que las migraciones sean entendidas como una forma de movilidad. Y en este sentido movilidad (del latín *mobilis*: movable) desborda la denotación puramente espacial. La comprendemos, como proponen Barrère y Martuccelli (2005, p.56), como un imaginario que articula una relación en el tiempo, en el espacio y, a la vez, como la búsqueda de una transformación existencial. No hablamos solamente de los desplazamientos físicos que los seres humanos realizamos de forma cotidiana, individual y colectivamente, a lo largo de toda nuestra existencia, de forma forzada o voluntaria, hablamos también de que nuestra existencia está en constante movimiento. De ahí nuestra propuesta de entender las migraciones en su sentido originario, es decir, como *migratio-migrare*: “cambio de estancia, partir”.

IDENTIDAD Y CLASE O LA CUESTIÓN DEL PODER EN LA SOCIEDAD

“Identidad” y “clase” son conceptos que dentro de las Ciencias Sociales han despertado polémica y candentes debates dado su carácter problemático y polisémico. Por una parte, la utilización de dichas nociones fluctúa entre el uso corriente o popular que la gente en general realiza de los mismos en sus conversaciones cotidianas— incluso en las conversaciones “consigo mismo”—y el uso “reconocido” que el mundo académico realiza a través de la elaboración de categorías que, con una criticada pretensión de objetividad, buscan explicar (y justificar) la sociedad. Y por otra, la pluralidad de significados que pueden tener los

conceptos no solamente es latente en su uso coloquial sino también entre los mismos discursos académicos, abriendo paso a notorias diferencias y divergencias entre unos y otros. Sin embargo, dicha pluralidad de usos tanto en el ámbito coloquial como en el ámbito académico nos informa y remite a los “mundos sociales” habitados por quienes reconocen y se reconocen dentro de las categorías. Creemos que es necesario alimentar y complejizar el debate a partir de la comprensión de dichos “mundos sociales”, igual polisémicos y problemáticos, que pasan, también, por el uso de las nociones que nos ocupan².

Respecto a la categoría de identidad, ésta puede estar formulada en términos absolutos y deterministas de tal forma que se convierten, como nos dice Serge Gruzynski, en una trampa para el investigador (2000, pp. 52-54). Al pretender asignarle a los individuos y/o a los grupos unas características y unas aspiraciones que están, de hecho, determinadas y que, encuentran su sustento en sustratos socio-culturales estables o invariables, se cosifican, fetichizan, estereotipan y naturalizan las identidades de individuos y grupos olvidando sistemáticamente que la identidad se define siempre a partir de relaciones y de interacciones múltiples. Las identidades son entonces múltiples, cambiantes e inacabadas, y actúan como puntos de referencia “que se activan sucesiva o simultáneamente según los contextos” (Gruzynski, 2000, p.52). Lo que pone en juego la categoría de identidad(es) es, por una parte, la construcción que hacemos tanto de nosotros mismos como de los otros, construcción inseparable de las dialécticas inclusivas de identidad y alteridad, individuo y colectivo, lo mismo y lo otro, diferenciación y generalización,... y por otra, las relaciones sociales de las que son producto y productoras a la vez³.

Consideramos que algo similar sucede con la categoría de clase. Vale

la pena recordar que la idea de “clase” fue introducida en los estudios sobre la “naturaleza” antes que sobre la “sociedad”. Dicho desplazamiento, apunta Aníbal Quijano⁴, fue básicamente semántico, y las “clases sociales” que emergieron en Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX, fueron pensadas como categorías ya dadas en la “sociedad”, como ocurría con las clases de plantas en la “Naturaleza” (2000, pp. 364-365). De esta manera se clasificaron a las gentes de acuerdo a sus características diferenciadas dentro de lo que era empíricamente observable en su momento: riqueza y pobreza, mando y obediencia. Según Quijano, lo que está y ha estado en juego con la cuestión de las clases sociales es *la cuestión del poder en la sociedad*⁵, y dicha cuestión ha sido pensada exclusivamente en y para la experiencia europea, y se refiere única y exclusivamente a uno sólo de los ámbitos del poder, a decir, el control del trabajo y de sus recursos y productos. “Todas las otras instancias de la existencia social donde se forman relaciones de poder entre las gentes no son consideradas en absoluto o son consideradas sólo como derivativas de las ‘relaciones de producción’ y determinadas por ellas” (2000, p. 366).

A partir de la constitución de América (latina), las gentes y los grupos fueron organizados a partir de una clasificación racial/étnica que originó identidades como los *indios*, los *negros*, los *blancos*, los *mestizos*, todas ellas identidades “raciales” y divididas entre los dominantes/superiores “europeos” de “raza blanca” y los dominados/inferiores “no-europeos” de “razas de color”. Con esto, las “clases sociales” resultantes articulaban relaciones sociales alrededor de un mismo eje de poder, que incluía no sólo el ámbito del trabajo, sino también y al mismo tiempo, los ámbitos de la subjetividad, el sexo y la autoridad. Es por eso que, como bien señala Quijano, “las ‘clases sociales’ en América Latina tienen

color” (2005, p. 260) mientras que en Europa las “clases sociales” aparecieron, inevitablemente, sólo en relación al trabajo, y por eso fueron “conceptualmente separadas y diferenciadas de las ‘razas’ y sus recíprocas relaciones fueron pensadas como externas” (2000, p. 377).

Es justamente en el ámbito de las movilidades humanas que dichas categorías adquieren mayor relevancia y complejidad. Relevancia en la medida en que ahora se hacen más visibles y omnipresentes; y complejidad porque su comprensión a partir de las herramientas metodológicas y epistemológicas tradicionales, no dan cuenta de la conflictividad que emerge del hecho de que, por una parte, dichas categorías hayan sido construidas con una visión eurocéntrica, y por otra, que los sujetos y contextos socio-históricos sobre las cuales están construidas, al entrar en la dinámica de la movilidad, cuestionan el alcance hermenéutico de unas categorías que, con pretensión de universalistas, recortan y reducen los fenómenos sociales a una particular forma de entenderlos. De esta forma se han ocultado, sino banalizado, e incluso justificado, las enormes desigualdades globales y los conflictos a ellas asociadas. Desde esta perspectiva las migraciones, más que un problema epistemológico y/o social, son una oportunidad sociológica y antropológica a partir de la cual estas categorías pueden ser, sino reformuladas, por lo menos si cuestionadas en ese trasfondo que hacen que aparezcan como evidentes y naturales.

¿DÓNDE VIVES? ¿DÓNDE ESTUDIAS?: LA PUGNA POR EL RECONOCIMIENTO

“Rara vez se pone en cuestión el derecho de los ricos y bien educados a viajar” nos recuerda García Canclini (2001, p. 79). Esta afirmación hace implícito el carácter conflictivo y

problemático inherente a las movilidades humanas contemporáneas: los “ricos y bien educados” *viajan*, los demás *migran*. Para los primeros las fronteras son porosas, permeables, elásticas, apenas un trámite. Para los otros, las fronteras son cerradas, impermeables, inflexibles, un obstáculo. Para muchos de los primeros basta demostrar la nacionalidad como un privilegio de estatus vinculado a los países más ricos (Vitale, 2006, p. 260), para otros, también de los primeros, pero sin ese vínculo de nacionalidad que otorga privilegios de movilidad, se hace necesario acreditar frente a las embajadas y consulados del “Norte” solventes cuentas bancarias, ingresos, salarios, pensiones, títulos de formación académica, contratos laborales y un enorme etcétera. Para el resto que no puede demostrar ni lo uno ni lo otro sólo queda la arriesgada aventura de viajar de forma clandestina, anónima e ilegal.

No sólo se desplazan las personas. Junto con ellas también lo hacen jerarquías sociales y formas de reconocimiento conflictivas que otorgan (o no) poder a las múltiples formas que adquieren las relaciones sociales con la movilidad (Tarrus, 2000, pp. 38-44). La construcción del “otro” y del “sí mismo” en el ámbito de las migraciones pasa inevitablemente por la cuestión del poder en las sociedades (y viceversa). Eso es precisamente lo que hemos observado en los diferentes relatos de personas de origen colombiano que se han desplazado hacia Europa. Estas personas, en Colombia, hacen parte del escaso porcentaje de la población que tiene acceso a la formación escolar en colegios y universidades privadas, que viven en sectores de reconocido estatus dentro de las ciudades, principalmente Bogotá, y que *no* se auto-nominan como pertenecientes a las clases “dominadas”, “excluidas”, “populares” o “bajas” de la sociedad colombiana⁶.

El discurso de “clase”, presente de forma permanente y en especial en lo

relativo a la identidad, resulta conflictivo con el desplazamiento. La búsqueda permanente de un reconocimiento tácito de la posición social genera estrategias y discursos múltiples frente a un "otro", en este caso "europeo", y frente a un "otro" connacional que también comparte la experiencia migratoria. Tanto el uno como el otro suelen ser clasificados de acuerdo a unas nociones de "clase" adquiridas y heredadas en los contextos y lugares de origen. De esta manera podríamos decir que hay una reproducción de las desigualdades sociales íntimamente ligada a las categorías de clasificación de

clase e identidad. Sin embargo, dicha reproducción, que por supuesto también acontece en los lugares de origen como estrategia para sostener las relaciones desiguales de poder, con el desplazamiento adquiere formas y características particulares. La heterogeneidad y discontinuidad que las caracterizan están en estrecha relación con la experiencia del "viaje". En las páginas siguientes intentaremos esbozar el juego de relaciones existente entre las nociones de identidad y clase por parte de migrantes de origen colombiano y que pertenecen a una minoría privilegiada en su sociedad de origen.

Hay dos preguntas que ponen al descubierto el carácter clasista de la sociedad colombiana, sobretudo en las ciudades capitales, para ubicar a las personas dentro del complejo entramado de relaciones sociales que conjugan el prestigio, la procedencia social, el estatus y la capacidad económica, en suma, preguntas que indagan por la pertenencia a una "clase social": *¿dónde vives?* y *¿dónde estudias?* La primera indaga por una procedencia social que está referenciada geo-simbólicamente en el imaginario de los habitantes de ciudades como Bogotá, Cali o Medellín. Cada habitante tiene un "mapa simbólico" de la ciudad que la divide y

organiza en barrios y zonas que van de menor a mayor prestigio o estatus social. Si bien, este tipo de geo-referencias simbólicas son comunes a las grandes urbes del globo, el caso colombiano tiene la particularidad de que dicha organización y división se corresponde con una política oficial de segmentación del territorio por estratos socio-económicos⁷. Básicamente, a cada respuesta de *¿dónde vives?*, el interlocutor puede imaginarse la extracción social, los consumos culturales, la profesión u ocupación de los padres y hasta una amplia gama de posibilidades sobre sus lugares de formación académica.

La segunda pregunta, *¿dónde estudias?*, complementa la primera. En el imaginario común hay una relación directa entre el lugar de residencia y los centros de formación académica. En un país donde el acceso a la educación superior es bastante limitado, la formación académica se convierte entonces en una referencialidad sobre las oportunidades y los privilegios, que en este caso son restringidos. En primera instancia, y como es de esperar, los colegios y universidades privados tienen mayor prestigio (y por supuesto mayor costo) que la oferta de la educación pública. Está claro, también, que la pregunta busca establecer posibles relaciones entre conocidos, amigos o familiares y de esa manera establecer un claro vínculo de pertenencia e identidad de clase. Ambas preguntas se repiten con frecuencia en las conversaciones entre las personas de origen colombiano y que se ubican en los estratos altos y se realizan aún en el exterior para darle continuidad a una clasificación social que, frente a otros connacionales, no conoce fronteras.

Si bien es cierto que detrás de estas preguntas hay una "banalización" de las relaciones sociales, no dejan de ser sintomáticas del cómo se vive y se reproduce la desigualdad en los niveles subjetivos y experienciales de la gente.

Extrapolando esta cuestión al caso "europeo", la pregunta que delata la clasificación social y sus distintos posicionamientos y construcciones, sería *¿y tú qué haces?* haciendo clara alusión a la división y organización de la sociedad por categorías socio-profesionales, en donde el oficio o profesión actúan como el referente donde pivotan las nociones y conflictos que aluden a la idea de "clase". Pero *¿qué sucede cuando los contextos que legitiman, permiten y propician la clasificación social cambian? ¿Qué pasa con el ¿dónde vives? y ¿dónde estudias? cuando las referencias que los originan sencillamente desaparecen? ¿Hasta qué punto desaparecen?*

"Es difícil, uno viene a lucharse quién es, pero también es rico porque aquí tú decides quién eres. ¿Me entiendes? En Colombia, de cierta manera, tú eres donde vives, tú eres quienes son tus papás, tú eres en donde estudiaste... tú acá eres nuevo, tú acá eres quién quieres ser. Tú acá tienes todas las posibilidades de ponerte el sello que se te de la gana, y eso es chévere. Uno está acostumbrado a ser de la Javeriana⁸, a ser de una clase social bien. Acá es difícil hacerte valer eso pero, lo que te digo, con las clases que son más o menos como son uno pasa porque se dan cuenta (...). Igual con quién es difícil justificarse, con quien es difícil que te valore es la clase baja de acá. Que te quieren absorber con ellos, que te quieren meter dentro de su lote y que tú estás luchando por no estar dentro de ese lote ¿me entiendes? eso es lo duro. Los otros no son duros porque ellos te identifican. El lote de abajo es el que te absorbe porque ellos no quieren asumir que una mesera sea más que ellos ¿Por qué? porque tú socialmente, de educación ¿si? tu educación, tú todo lo que estás haciendo es más valorado que lo que ellos están haciendo ¿cierto? Pero ellos en el trabajo son más que yo, yo soy la sola mesera y ellos son, por ejemplo, el jefe de meseros. (...) Entonces ¿cómo esta mesera que gana 10 veces menos que nosotros va a ser

más que nosotros? Eso es lo que a ellos les cuesta y contra eso es contra lo que uno pelea más o menos. O sea, cállese que yo no soy de ahí, yo soy de otro grupito. (...) tú estás en constante lucha para que no te metan al mismo lote que las otras, que no digan que Angela es como las demás, es difícil pero se puede. O sea, tu mismo comportamiento te delata y te delata a ti quién es quién”.

Este extracto, que hace parte de uno de los relatos recogidos en Toulouse, nos deja entrever lo complicado y complejo de la situación. Es clara la yuxtaposición entre identidad y clase y la dificultad que dicha clasificación representa en los contextos migratorios. Dificultad, porque aunque reconociendo la posibilidad de gestionar múltiples identificaciones, existe la necesidad de un reconocimiento social, reconocimiento que podríamos decir pasa como una *homologación* de una determinada pertenencia de clase. La pretendida *homologación* se realiza con lo que se imagina como el *equivalente*, en este caso, con aquellos que “son como uno”, es decir, con aquellos que por su grado de educación y conocimientos *intuirían y reconocerían* casi de manera automática, una pertenencia común, incluso más allá de las fronteras y de los orígenes *nacionales*. Pero además, esta homologación por sus equivalentes debe ser reconocida por sus *antagonistas*, los “otros” que “no son como uno”. Estos procesos, que básicamente son de reconocimiento, son tremendamente conflictivos existencialmente:

“Acá es difícil porque acá la gente, la impresión que tiene, bueno la gente bruta, porque la gente de clase, también de tu misma clase se da cuenta ahí mismo, te ven que tú no vienes acá a buscar lo que no tienes, igual tu educación se te nota, tu manera de hablar, tu manera de vestirte, de comer, o sea, las clases ya están globalizadas. Uno se parece más a una clase social buena de aquí o de

donde sea que más te pareces tú al pobre que vive en Colombia por más que sean colombianos.”

“Eso se ve de una. Pero la gente, digamos mis compañeros de ‘La Bodega’ no se dan cuenta de eso. Pero es otra clase social. Ellos se imaginan que tú vienes acá porque allá vive uno en los árboles, en las chozas y llevas comiendo caimán toda la vida y estás aburridísimo. Y entonces será que te ganaste la lotería, cogiste un avión y llegaste aquí. Entonces esa gente no... pero sino, los otros, todos mis compañeros de Airbus y toda la gente mas o menos inteligente o que tienen la misma formación se dan cuenta de que uno es igual y que sabe que Colombia no es la casa en el árbol y monte en burro todo el día”.

Nos llaman la atención dos cosas de este relato. De un lado, la necesidad de incluir la corporeidad, el cuerpo como objeto de diferenciación, y de otro, la incertidumbre que recae en los procesos de des-clasificación, clasificación y re-clasificación. Sobre lo primero, en virtud de que las referencias empíricas de la procedencia y posición social (¿dónde vives? ¿dónde estudias?) resultan inoperantes, el cuerpo queda como último testimonio de las improntas de una determinada posición social e identidad que se reivindica. “La “corporalidad” es el nivel decisivo de las relaciones de poder”, nos recuerda Arturo Quijano (2000, p. 380). Así, vemos un cuerpo “educado”, “disciplinado”, con “estilo”, lejano de las imágenes y comparaciones con lo “primitivo”, “atrasado” y “pobre” con lo que está asociado el “Sur”; y más cercano a lo “desarrollado”, “civilizado”, “culto” y “rico”, típico cliché del “Norte”, especialmente de “Europa”. Es a través del cuerpo que surte una especie de *transmutación* que transforma las cualidades adquiridas por la pertenencia a un grupo social como innatas, mecanismo que ayuda poderosamente a percibir las relaciones sociales establecidas como naturales (e invariables).

Sobre lo segundo, los procesos de des-clasificación, clasificación y re-clasificación que la circunstancia del desplazamiento desenmascaran, quisiéramos señalar que éstos tienen un carácter permanente desde el momento de la “llegada”. Que sean permanentes no quiere decir que no sean discontinuos y heterogéneos. En otras palabras, siguen la misma lógica de las identidades múltiples, “que se activan sucesiva o simultáneamente según los contextos”. Activados tanto por los otros como por el *sí mismo*, la pugna por el reconocimiento genera condiciones de fuerza y poder que son utilizados (o en caso contrario, desechados) según la favorabilidad de cada circunstancia. El temor a las des-clasificaciones y re-clasificaciones no es distinto del temor de perder ese “lugar” innato en la *naturaleza* de las relaciones sociales. Este “lugar” es negociado constantemente a través de estrategias de clasificación que pueden ser rastreadas en construcciones socio-históricas de más largo alcance y que, a través de su reproducción, han sostenido, invisibilizado y naturalizado las desigualdades sociales.

A lo largo del texto hemos tratado de argumentar que las formas y relaciones de dominación existentes han sido también construidas y sostenidas a través de mecanismos de clasificación social que promueven la “naturalización” de las mismas relaciones que definen. Dichas clasificaciones, que ya tienen siglos de historia, continúan manifestándose cotidianamente con el apoyo de unas ciencias sociales que deben ser repensadas y reformuladas. Las migraciones, entendidas como desplazamientos en el espacio, el tiempo y la existencia, son una oportunidad para cuestionar los mecanismos que ocultan y justifican unas desigualdades sociales que se asumen como “naturales”. La movilidad, la misma acción del desplazamiento, genera encuentros, des-encuentros y re-encuentros en una

variedad de formas, formatos y ámbitos que posibilitan el cuestionamiento de dichas construcciones sociales. Los migrantes, sin importar su procedencia social o su pertenencia de clase, voluntaria o involuntariamente, a través de sus experiencias vitales discontinuas y heterogéneas, controvierten, evidencian y desnudan la pretendida continuidad y homogeneidad de la “naturaleza” social.

* **Leonardo Bejarano Rodríguez,**
Universidad de Toulouse – Le Mirail.

NOTAS

1 - Tomamos prestada esta idea de Edgardo Lander, quien la define como “la expresión más potente de la eficacia del pensamiento científico moderno —especialmente en sus expresiones tecnocráticas y neoliberales hoy hegemónicas” (2005, p. 3).

2 - Compartimos la crítica y el llamado que Claude Dubar realiza al respecto: “[la sociología] no puede contentarse con las categorías llamadas sociales, que, con frecuencia, no hacen sino codificar estadios provisionales o movimientos al interior de conjuntos considerados, *a priori*, como permanentes. Debe analizar sociológicamente el uso que las personas hacen de sus propias categorías, de su manera específica de escoger y disponer las palabras procedentes de sus experiencias, tanto a través de sus interacciones cotidianas “presentes” como de los recuerdos de sus interacciones “pasadas” acomodadas al ámbito de su reflexión personal” (2002, p. 234).

3 - Entendemos la dialéctica inclusiva como la opción de trabajar el carácter paradójico de las categorías que, como la identidad, suelen ser expresadas a través de parejas disyuntivas y excluyentes del tipo “o esto o lo otro” y más bien observarlas desde la perspectiva de “no sólo esto sino también”. Un ejemplo de este tratamiento lo encontramos en Claude Dubar cuando define la identidad: “La identidad no es lo que permanece necesariamente ‘idéntico’, sino el resultado de una ‘identificación’ contingente. Es el resultado de una doble operación (...): diferenciación y generalización. La primera es la que tiende a definir la diferencia, la que incide en la singularidad de algo o de alguien en relación con los otros: la identidad es la diferencia. La segunda es la que busca definir el nexos común a una serie de elementos diferentes de otros: la identidad es la pertenencia común. Estas dos operaciones están en el origen de la paradoja de la identidad: lo que hay de único es lo que hay de compartido. La paradoja no puede ser resuelta mientras no se tome en consideración el elemento común a las dos operaciones: la identificación de y por el

otro. Desde esta perspectiva no hay identidad sin alteridad. Las identidades, tanto como las alteridades, varían históricamente y dependen del contexto de su definición” (Dubar, 2002, p.11).

4 - Para nuestras reflexiones sobre la categoría de *clase* hemos utilizado especialmente los trabajos de este autor sobre la idea de *Colonialidad del poder* (Quijano 2005 y 2000).

5 - “Es esa distribución del poder entre las gentes de una sociedad lo que las *clasifica socialmente*, determina sus recíprocas relaciones y genera sus diferencias sociales, ya que sus características empíricamente observables y diferenciables son resultados de esas relaciones de poder, sus señales y sus huellas. Se puede partir de éstas para en un primer momento y en un primer nivel de aprehensión de las relaciones de poder, pero no tiene sentido hacer residir en ellas la naturaleza de su lugar en la sociedad. Es decir, su *clase social*” (Quijano, 2000, p. 368. La cursiva es del autor).

6 - Nos llama la atención este sector de la población porque, de un lado, cuando se retoman las desigualdades sociales desde ámbitos académicos suele hacerse desde la perspectiva de quién “sufrir” la desigualdad y no de quién la “disfruta”. Y de otro, ningún otro grupo social, sin importar su origen nacional, está mejor preparado para la internacionalización de la economía — en su forma liberal — en la medida en que es el que detenta el capital económico y cultural necesarios para la (re)producción de las representaciones dominantes de la sociedad (Pinçon y Pinçon-Charlot, 2004, p. 155).

7 - Dichos estratos van del 1 al 6 y se definen con base en las características físicas de las viviendas y su entorno. La clasificación en cualquiera de los seis estratos es una aproximación a la diferencia socio-económica jerarquizada, léase de pobreza a riqueza, de tipo físico y social. La apropiación por parte de la población del concepto de estrato ha sido tal que se han constituido diferencias socio-culturales en torno a cada uno de los estratos. Los colombianos que participan en nuestra investigación proceden en su gran mayoría de los estratos 5 y 6.

8 - La Pontificia Universidad Javeriana es un centro de formación superior privado, costoso y prestigioso en Bogotá.

9 - Un bar restaurante donde Angela era camarera en Toulouse en el momento de la recolección del relato y en el cual ha trabajado durante varios años.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BARRÈRE, Anne y MARTUCCELLI, Danilo (2005) “La modernité et l’imaginaire de la mobilité: l’inflexion contemporaine”. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. 118, pp. 55-79.

BECK, Ulrich (2005) *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Barcelona, Paidós.

COLECTIVO IOÉ (2002) “¿Cómo abordar el estudio de las migraciones? Propuesta teórico metodológica”. En: CHECA, F, (ed) *Las migraciones al debate*. Barcelona, Icaria, Institut Català d’Antropologia, pp. 17-54.

DUBAR, Claude (2002) *La crisis de las identidades*. Barcelona, Edicions Bellaterra.

GARCIA Canclini, Néstor (2001) *La globalización imaginada*. Buenos Aires, Paidós.

GRUZINSKY, Serge (2000) *El pensamiento mestizo*. Barcelona, Paidós.

LANDER, Edgardo (2005) “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”. En: LANDER, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 3-40.

PINÇON, Michel y PINÇON-CHARLOT, Monique (2004) “Hégémonie symbolique de la grand bourgeoisie”. En: BOUFFARTIGE, P (dir.) *Le Retour des classes sociales*. París, La Dispute, pp. 141-156.

QUIJANO, Aníbal (2000) “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of World-Systems Research*, Vol. XI, 2, summer/fall 2000, pp. 342-382. Disponible en <http://jwsr.ucr.edu>

QUIJANO, Aníbal (2005) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: LANDER, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 216-271.

SANTAMARIA, Enrique (2002) *La incógnita del extraño*. Barcelona, Anthropos.

STOLCKE, Verena (1994) “Europa: nuevas fronteras, nuevas retóricas de exclusión”. En: VV.AA, *Extranjeros en el paraíso*. Barcelona, Virus, pp.235-266.

TARRIUS, Alain (2000) *Les nouveaux cosmopolitismes*. París, l’Aube.

VITALE, Ermanno (2006) *Ius Migrandi*. Barcelona, Editorial Melusina.